

rable, inseparable, irremediable é insaciable. ¡Oh amor, que hieres, atas, enfermas y matas, ¿cuándo te apoderarás de mí?! Llaga á mi corazón, traspasa mi pecho, hiende mis entrañas y, enflaquecida, desfallezca mi ánima con tu dulce violencia. Esfuérgate, alma mía, cobra nuevos bríos y lucha con tu amado para que le venzas en esta contienda de cariño. ¿No ves en la aljaba de tu pecho las flechas con que puedes herirle? ¡Ah! Cuida cómo Él te manda de amar á Dios por Sí mismo y á tus prójimos por Él mismo, y tendrás el primer dardo del amor *general*. Suspira sólo por Él y á Él se encaminen todos tus intentos y obras, y podrás decirle que le amas con *todo tu ser*. No te contentes con amarle por temor de sus castigos, á guisa de esclavo, ni mirando la paga, como el jornalero, sino como hijo á su padre y como esposa á su querido esposo, con tu voluntad *entera y libre* de otro afecto. Aprende á oír el reclamo de sus beneficios, y ayúdate con el entendimiento á encender en tu pecho esta divina hoguera del amor. Y, puesto caso que no puedes imitar el amor *eterno* é *infinito* de tu Dios, ámale con actos continuos sin interrupción, y unida con Él podrás decirle: *Te abrazo y no te dejaré*; y, para vencerte en el amor, te amaré con tu mismo amor *infinito*, que yo haré mío con el deseo y llegará á sacarme de mí para hallarme en Ti por los siglos de los siglos. Amén. Así sea.

---

*Carta á una Señora devota, en la cual le da algunos documentos para el aprovechamiento de su alma y de cualquiera que los guardare. Es de provecho para personas ocupadas que no pueden vacar libremente á la oración y contemplación.*

Muy noble y estimada Señora: Mucho me consuela ver á v. m. tan deseosa de su adelantamiento espiritual; y pues me pide le ayude y favorezca sus buenos deseos, aunque bien pudiera acudir á otros consejeros más discretos y sabios que yo, admito esta honra para aprovechar á su alma y otras que lean esta escritura. Y lo que apuntaré no será mío, sino de los Santos, que nos ilustraron en estas materias con sus consejos, y cuyo sumario se halla en los libros que tratan de oración. De todo lo que he leído, he procurado recoger algunos documentos, importantísimos para el fin que pretendemos. De ellos son generales, y que se presuponen en cualquiera estado de vida virtuosa; de ellos especiales, y que solamente sirven para quien en particular trata de componerse con Dios, é ir siempre ganando tierra y aprovechando en el servicio suyo. Comenzando, pues, por lo general (que es el orden que guarda naturaleza en sus obras), sepa v. m. que, según la ex-

perencia ha enseñado á todos los Santos, ninguno puede perfectamente servir á Dios si no trabaja primero de desasirse de todo en todo, y desenredarse del mundo. El Apóstol lo dijo bien claro en la segunda carta que escribió á su discípulo Timoteo: *Ninguno (dice) militando á Dios, y llevando su sueldo y pagas, se implica y enreda en negocios seculares, porque á sólo Aquel desea agradar al cual se dedicó.* Por tanto, conviene que en ninguna manera permitamos que nuestro corazón, que es el bocado más sabroso para Dios, ande solícito por alguna criatura del mundo, sino en cuanto fuere de provecho para despertar en nuestra alma el fuego del divino amor; porque la muchedumbre y variedad de las cosas caducas y perecederas, rumiadas y pasadas por la memoria, no solamente perturban la paz del alma quieta y pacífica, sino que del todo la destierran de nosotros. Es necesario que, sacudida de nuestros hombros la pesadísima carga de las cosas terrenas, sin tardanza alguna corramos á Aquel que saludablemente nos convida, y en quien sólo se halla la refección cumplida de las ánimas y la paz suma que sobrepuja todo sentido. *Venid á Mí (dice Él) todos los que trabajáis y estáis cargados, que Yo os recrearé.* Bendita sea voz de tanta piedad y de tan infante caridad, que convida á los enemigos, exhorta á los culpados y atrae á los ingratos. Despierte v. m., hermana carísima, al amor de tanta benignidad, al sabor de tanta dulcedum-

bre, al olor de tanta suavidad; que cierto, quien estas cosas no siente, enfermo está, mentecato y vecino á la muerte. Quien tiene á Cristo, ¿qué tiene más que buscar, esperar ni desear en esta vida? Mas ¡ay!, que teniendo en Él todos los bienes y llamándonos al descanso, seguimos el trabajo convidándonos al solaz, buscamos el dolor prometiéndonos el gozo, apetecemos la tristeza. Miserable enfermedad por cierto y embaimiento perjudicial, que nos tiene insensibles y peores que los simulacros ó ídolos, que teniendo ojos no vemos, y con orejas no oímos, y con nuestra razón no diferenciamos entre lo dulce y lo amargo, entre lo bueno y lo malo, y entre la luz y las tinieblas. Levantemos ya los ojos de nuestro entendimiento á nuestro Dios, y veamos el estado mísero en que estamos prostrados y caídos; que, quien éste no conociere, nunca tratará de levantarse. *Acudamos con confianza al trono de su gracia, para que alcancemos misericordia en el tiempo que tanta necesidad tenemos de ella.* Ya la vida nos llama, la salud nos espera, y los trabajos y tribulaciones que de todas partes nos cercan (y á v. m. en especial, que desde su niñez no le han faltado), en cierta manera nos fuerzan á entrar al convite del Rey soberano. Suba su corazón á la celestial y pacífica Jerusalén, hermana mía, y suspire por su verdadera patria; levante sus deseos y pensamientos á su Madre, no á la de acá de la tierra, que aunque se le dé toda y lo que tiene no

puede llenar el más pequeño vacío de su alma, sino á la Soberana y Celestial, que ésa llamó San Pablo por excelencia Madre nuestra. Mas porque estos deseos suelen entibiarse fácilmente, y por nuestro descuido y negligencia venimos á faltar en lo comenzado, y muchas veces, por no saber el orden que se ha de tener en estas cosas del espíritu, se están algunas personas sin comenzarlas toda la vida, me determiné en esta epístola darle algunos documentos, que, si los guardare y cumpliere con sentimiento y devoción, fío de Dios la levantará á cosas mucho mayores. Y quanto á lo primero y general, se le asiente en su corazón con el fin para que fué criada, que fué para conocer á Dios, y conociéndole amarle, y amándole poseerle, y poseyéndole gozarle para siempre. Y esto presuesto, lo que particularísimamente le aconsejo es la honestidad en todas sus obras, la templanza en sus palabras, la prontitud en obedecer á su Padre espiritual, la frecuencia en la oración y el huir la ociosidad y disoluciones que nacen de ella, la pureza y continuación en confesar sus pecados, la humildad para con todos, y, finalmente, el huir de las conversaciones que le pueden acarrear poco ó ningún provecho. Estas son margaritas preciosas y resplandecientes, que á su poseedor hacen grato á Dios y á los ángeles. Y cuando le pluguiere á aquel Señor, que del vientre de su madre la apartó y llamó por su gracia, descubrir en su alma la imagen

de su Hijo Cristo Jesús, sacándola de la miserable servidumbre de Egipto, en que ahora está, á la libertad de que gozan los hijos de Dios, podrá ejercitarse en cosas de mayor momento, de las cuales le envió con ésta un memorial de diez apuntamientos, para que como en un salterio de diez cuerdas, que es instrumento usado en el templo de Salomón para las divinas alabanzas, se ejercite cada día y se haga diestra en esta música del Cielo, que conforma el alma con Dios y la hace un espíritu con Él.